

1

Sócrates, el sabio que no sabía nada



Sócrates fue un filósofo ateniense del siglo V a. C., maestro de Platón y Jenofonte, y fundador de la escuela de pensamiento mayéutica. Se convirtió a lo largo de su vida en despertador de la sociedad ateniense en su momento de mayor esplendor. Soldado, maestro, sabio y filósofo. Condenado a muerte por el tirano Critéas (antiguo discípulo), murió tras beber cicuta, un método empleado habitualmente por los griegos para ejecutar sentencias.

Era plenamente consciente de que su maestro nunca había gozado de una presencia física imponente: más bien achaparrado y con prominente barriga, pese a su vida de asceta. Tampoco podía imponer su autoridad mediante un gran bagaje manuscrito: Sócrates fue toda su vida un «intelectual analfabeto».

Pero ahora le veía, reclinado en su lecho, esperando en paz su muerte, y no podía concebir a alguien más digno, más imponente en su austeridad y sencillez.

Echaría bastante de menos a su tranquilo maestro. Aún no lo sabía, pero la vida de Jenofonte se transformaría en una epopeya militar y académica, conformando una biografía apasionante. El día que su figura se estudiase en el futuro, el autor de la Anábasis (la aventura de los diez mil mercenarios griegos que lucharon junto a Ciro el Grande) no podría analizarse sin prestar atención a Sócrates, su gran maestro.

La celda estaba misteriosamente en silencio. Los sollozos de Jantipa, la mujer de Sócrates, habían cesado.

—¿Por qué lloras, mujer? —le había preguntado su marido.

—Porque la sentencia es injusta...

—¿Llorarías igual si la sentencia fuese justa? Vete en paz, y no llores por mí!

Pese a sacarse de quicio mutuamente, los dos ancianos esposos se quisieron con ternura hasta el final.

Por supuesto, no podía faltar la figura de Platón, sentado al lado del maestro, tomando nota de todo lo que decía. Su amigo Platón, con quien tantas discusiones había mantenido, muchas instigadas por el propio Sócrates. No le cabía ninguna duda de que continuaría la labor iniciada por lo que todos conocían ya como la «mayéutica», la escuela de pensamiento que había removido los cimientos de la sociedad ateniense.

El término era como mínimo curioso, porque significaba «dar a luz»; el oficio de la madre de Sócrates, y en el que había encontrado paralelismos con su forma de extraer las ideas de las mentes de sus alumnos: mediante

«Ningún esclavo desearía ser tratado como él se trataba a sí mismo».

Antifón, pensador y escritor griego, hablando de Sócrates.

preguntas, ingeniosas e incisivas, que siempre les desconcertaban y les obligaban a replantearse hasta sus creencias más inconscientes y enraizadas. 25 siglos más tarde sigue siendo el método que utilizamos en escuelas de negocio.

«Soy la avispa ateniense: mi labor es molestar, molestar a esta sociedad para que no se duerma, para que no caiga en el sueño de la ignorancia; el peor de los males»², le gustaba decir a Sócrates. Una avispa eficaz, sin duda, que ahora veía confirmada la utilidad de su labor de la forma más cruel: la pena de muerte.

Nunca será el poder amigo de quienes no ceden su conciencia a la conveniencia, a la comodidad de lo que todos deberían pensar, a lo políticamente correcto. Nunca será amigo de los alborotadores que abominan de la uniformidad, de la mimetización de las conciencias según unos criterios establecidos por los que «velan por su felicidad».

Criteas, el tirano ateniense, antiguo discípulo de Sócrates, lo sabía mejor que nadie. Jamás podría descansar tranquilo en su trono con su antiguo maestro instigando a sus conciudadanos a pensar libremente.

Quienes piensan que tienen las respuestas a todos los problemas, especialmente quienes consideran que ellos son esa respuesta, nunca aceptarán el principio que guió siempre a su maestro: «Sólo sé que no sé nada». Sólo sé que no tengo las respuestas a todo. Pero puedo preguntar y preguntarme, pensar juntos, discurrir...

Sócrates moría ahora, mártir de la libertad de conciencia, del derecho a cuestionarse las cosas. Ninguno de los presentes en esa celda sabría jamás

que lo que había empezado en ese pequeño círculo conmocionaría el pensamiento occidental, fundando la primera gran escuela de filosofía de la historia. Y el método de Sócrates se extendería más allá, como referente de un hombre sencillo, consciente de su ignorancia, que simplemente quería aprender y cuestionar la realidad en la que vivía.



Reflexiones:

- La capacidad de cuestionarse, y de hacerlo de forma inteligente y constructiva, es una parte sustancial del progreso personal y social.

- Las preguntas que nos hacemos son como órdenes que enviamos a nuestro cerebro para buscar nueva información. Las nuevas ideas nacen, frecuentemente, de nuevas preguntas.

- Cuando en una persona coinciden una buena metodología de trabajo y unas dosis altas de curiosidad, se ponen en marcha las mejores dinámicas de aprendizaje.

2

Julio César y las conspiraciones



Julio César (13 de julio de 100 a. C.- 15 de marzo de 44 a. C.) fue un líder militar y político del siglo I antes de Jesucristo. Sus conquistas extendieron el dominio romano sobre los territorios que hoy integran Francia, Bélgica, Holanda y parte de Alemania. Enfrentado al Senado, utilizó su poder militar para hacerse amo de la República. A pesar de que la República experimentó bajo su gobierno un breve periodo de gran prosperidad, algunos senadores vieron a César como un tirano que ambicionaba restaurar la monarquía. Con el objetivo de eliminar la amenaza urdieron una conspiración para acabar con él. Dicho complot culminó cuando los conspiradores le asesinaron en el Senado. Su muerte provocó el estallido de otra guerra civil.

En las orillas del Rubicón, el enjuto general no sabía que sus siguientes palabras pasarían a la historia. Sí sabía que lo que sucedería después marcaría su destino. Su destino... y el de toda la República.

Julio César estaba a punto de cruzar la frontera que marcaba el territorio del Lazio desmilitarizado. Desde hacía décadas, ningún ejército podía acercarse tanto a la ciudad de Roma. Hacerlo significaba la guerra.

Volvió la vista atrás, a sus hombres, fieles en la guerra y en la paz. Todos y cada uno le seguirían a cualquier final, como le habían seguido en tantas y tantas batallas en la Galia. A cualquier final, aunque fuese el de un traidor.

Porque ese sería el epíteto que todos recibirían por parte de la Roma que se alinease con Pompeyo. Para ellos, serían los traidores que se alzaron en armas contra la ciudad que habían jurado proteger. Era quizá lo que generaba en él un mayor vértigo, la posibilidad de acabar su vida como traidor de la misma causa por la que luchaba.

Siguió observando las filas de legionarios, veteranos de mil batallas. Había podido mirar a los ojos a muchos de ellos durante el asedio de Alesia, la batalla de los dos frentes. Cualquiera de ellos habría pensado que estaba loco cuando él, Julio César, les había pedido alzar dos empalizadas: una contra la ciudad asediada, donde había conseguido cercar a Vercingetórix, el cabecilla galo; y la otra rodeando a su propio ejército, en previsión de la llegada de refuerzos de toda la Galia, que efectivamente vinieron a intentar romper el cerco.

Ningún soldado de Pompeyo habría acatado esas órdenes, estaba convencido. Aún tenía aprecio a su antiguo amigo, pero no podía haber enfrentado tantas batallas como César y sus legiones ni en cinco vidas que hubiese tenido. Sus hombres le seguirían hasta el final, ¿lo harían los de Pompeyo?

Desechó esa línea de pensamientos. No podía cometer el error de Vercingetórix: subestimar a un rival inferior en número y fuera de su tierra natal. Debía contar con una oposición férrea por parte de todos los romanos que se le opusiese. Era una guerra civil con todas sus penosas consecuencias. Una guerra que él estaba a punto de iniciar.

«Los cobardes agonizan muchas veces
antes de morir... Los valientes ni
se enteran de su muerte».

Julio César, militar y político romano.

Mucho había reflexionado sobre ese paso. Un paso doloroso que llevaría a Roma a desangrarse internamente, pero necesario para que la misma esencia de Roma perviviese. Poco podía imaginarse que ese mismísimo motivo llevaría a su hijo adoptivo a atentar contra su vida años después, en el apogeo de su poder absoluto. Un poder absoluto que ahora iba a combatir, pero que abrazaría en cuanto conquistase Roma.

El general, que quizá en su fuero más interno era consciente de que combatía fuego con fuego, tiranía de César contra tiranía de Pompeyo, acalló sus pensamientos una vez más para dirigirse a su lugarteniente, le miró, sonriendo de forma sombría, y pronunció las palabras que pasarían a la historia: «*alea iacta est*». La suerte está echada.

Y atravesó el Rubicón.





Reflexiones:

- Uno de los síntomas de la corrupción que conlleva la enfermedad del poder es sentirse por encima del bien y del mal y dar rienda suelta a los caprichos personales. Los historiadores dirían de Julio César que fue «hombre de todas las mujeres y mujer de todos los hombres».

- Aquello en lo que uno pone foco determina, por oposición, aquello que uno no ve. Los líderes han de ganar la batalla entre la gratificación instantánea egocéntrica y la gratificación diferida que tiene en cuenta el bien de los demás. Cuando se pierde esa batalla, los enemigos se multiplican a la misma velocidad que decrece la credibilidad personal.

- La autocracia permite ejecutar bien las decisiones pero es una fórmula disfuncional para tomar las correctas. Todos los dictadores han acabado tomando malas decisiones fruto de la falta de respeto por la diversidad y del escaso esfuerzo por alinear intereses.

- Los líderes han de conocerse, aceptarse y superarse. Si uno se acepta es fácil estar en paz con uno mismo y por descontento con los demás. La mejor manera de hacerlo es estar abierto a la información de retorno que se recibe de las personas más competentes y virtuosas del círculo de conocidos.

3

Leonor de Aquitania y su poder



Leonor de Aquitania (1122-1204) fue esposa de dos reyes y madre y abuela de monarcas, y una de las principales figuras femeninas del Medievo. Casada en primeras nupcias con Luis VII de Francia, a quien aportó la rica región de Aquitania, cuna de los trovadores y foco cultural de la Alta Edad Media. Se separó del rey de Francia en 1152, poco después de acompañarle en las Cruzadas, para casarse de nuevo en 1154 con Enrique Plantagenet, rey de Inglaterra, con quien tuvo ocho hijos. Entre ellos, Ricardo Corazón de León. Personaje capital en los principales sucesos políticos de la época y una de las primeras grandes mecenas del Medievo.

El mensajero llamó con suavidad a la puerta de sus aposentos en el castillo de Chinon en el centro de Francia, pero igualmente sorprendió a Leonor.

—Mi señora, el rey la ha convocado para una reunión familiar. Ruega su presencia. Majestad.

No se lo esperaba, ciertamente. Imaginó que Enrique II, su marido, querría comunicar a su familia quién heredaría su imperio. Sería una curiosa reunión familiar. Enrique Plantagenet era impulsivo, pero no carecía de ingenio. La mitad de su reino se lo debía a su matrimonio con Leonor, que había cambiado completamente el equilibrio de poder en la Cristiandad.

En el ya lejano 1152, Luis VII, marido de Leonor y a la sazón rey de Francia, la había repudiado. Exactamente lo que deseaba Leonor, harta de la prisión en que se había convertido la convivencia con el «rey monje». Así solía llamarle para hacerle enfadar.

Siempre había sido un misterio indescifrable para el joven rey, bien lo sabía. Igual que para su segundo marido, el gallardo y arrogante Enrique II, monarca de Inglaterra. Había algo suyo que siempre había escapado a su entendimiento, que les atemorizaba y les alejaba de ella, como si no supiesen a qué atenerse.

Así debió sentirse Enrique cuando sus hijos, instigados por la propia Leonor, intentaron destronarle. Qué duro debió ser para él; aunque nunca se arrepentiría: una madre debe luchar por sus hijos por encima de todo, por encima de todos. Y ahora se presentaba, intuía, una última batalla por librar.

Ricardo, Joffrey, Juan... Leonor sabía perfectamente quién debía reinar, por quién estaba dispuesta una vez más a darlo todo. Ricardo, su ojito derecho, debía asumir el trono costase lo que costase. Este, que sería conocido como Corazón de León, sería un gobernante justo y audaz, más hábil en el mando que Juan, pero Enrique también tenía un punto de imprevisibilidad; quizá por eso se sintió tan atraída en su momento por aquel monarca imberbe de 18 años a quien Leonor sacaba diez.

«No perdió un solo diente. Y murió sin un solo lamento».

Relato anónimo del siglo XII sobre Leonor de Aquitania.

Recogió su ropa, sus joyas... Nunca se separaba de ese brazaletes que su tío Raimundo le regaló durante las Cruzadas, en Antioquía. Leonor aún era joven, pero ya había vivido más que cualquier reina de Francia o Inglaterra. Esposa de dos reyes y madre de reyes. Llegaría a ser abuela y bisabuela de reyes.

Se sorprendió ante lo mucho que le estaba costando abandonar Chinon. De todas las cortes en las que había vivido, su castillo en el exilio se había convertido en su hogar más querido. Libre de las ataduras del rey, había convertido sus estancias en lugar de peregrinaje para todos los bardos y trovadores de Europa. Las canciones reblandecían la dura piedra de sus muros, haciendo más llevadero su castigo.

Se recompuso, preparándose ya para el encuentro con su esposo y su nueva amante. Nada dejaría entrever su desdén. Volvería a ser Leonor la reina, poderosa, bella, fascinante y encantadora. La madre de ocho hijos de Enrique II. Volvería a ser ella por sus hijos, por Ricardo, y por el porvenir del imperio que había ayudado a forjar.

Y después, cuando hubiese cumplido con su deber, cuando hubiese convencido a su esposo para designar a Ricardo como sucesor, regresaría al pacífico bullicio de su corte de trovadores, el verdadero legado que quería dejar a su querida tierra, y a la posteridad. Y tal vez alguien, alguna vez, cantaría sobre la mujer más poderosa de Europa. La mujer que no se doblegó ni siquiera ante los dos reyes que se atrevieron a tomarla por esposa. La mujer que recuperó la voz melodiosa del trovador en la Edad Media.



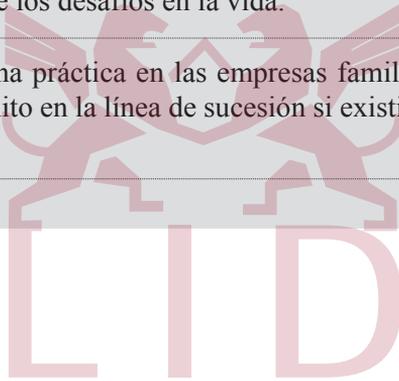
Reflexiones:

- La seguridad en uno mismo, si se construye sobre bases sólidas, es una plataforma que permite mantenerse firme ante los embates de la vida.

- Conviene hacer crecer la asertividad personal para no ser pasto de lo que resulte políticamente correcto en la época en la que se vive.

- La conexión con uno mismo, por ejemplo, a través del cultivo de la sensibilidad artística, es básica para tener criterio propio sobre los desafíos en la vida.

- Es una buena práctica en las empresas familiares saltarse al primogénito en la línea de sucesión si existiesen razones para ello.



4

Francisco de Asís y su sencillez



Francisco (1181-1226), llamado Giovanni al nacer, vivió casi toda su vida en Asís. Hijo de un rico comerciante, probó fortuna en el ejército de su ciudad en su juventud, hasta su conversión. Renunció públicamente a todas sus pertenencias para dedicarse a la llamada divina que sentía en su interior: «Reconstruye mi Iglesia». Fundó la Orden Franciscana, que pronto contaría con la aprobación papal y que extendería, ya en vida de su fundador, un mensaje de paz y amor a la pobreza por toda Europa.

De todas las anécdotas que conocemos de Francisco de Asís, el autor inglés Chesterton decide empezar su biografía del santo con una de las menos conocidas. En sus años de juventud, Francisco servía a su padre, un acomodado comerciante de telas en la ciudad de Asís. Un día, vendiendo telas en el mercado, un mendigo se le acercó pidiendo. Francisco estaba atendiendo a un cliente, y la irrupción del mendigo le puso en un brete. Pidió al mendigo que se esperase mientras atendía al cliente, pero para cuando terminó la transacción el mendigo ya se había ido. Sin pensárselo, Francisco corrió a buscarle entre la multitud. Y cuando lo encontró le dio el dinero que llevaba encima.

A muchos sorprenderá, o incluso les resultará desproporcionada, la reacción de Francisco. Lo verdaderamente revelador de la anécdota es la creencia que se esconde detrás de su incomodidad: la idea de que todos los hombres son iguales. Y el mendigo que pedía con la necesidad que impulsa el hambre tenía el mismo derecho a ser escuchado que el cliente que deseaba comprar.

Esta anécdota sucede años antes de que Francisco iniciase su vida religiosa. Pero ya revela un corazón noble, magnánimo y decidido. Esa misma grandeza de ánimo es la que le moverá, en los años sucesivos, a buscar la épica a través de las armas.

Estamos en el siglo XIII, en el punto exacto en el que Europa pasa de la Alta a la Baja Edad Media. En la vanguardia de ese cambio están las ciudades del norte de Italia, ciudades-república que en los siglos sucesivos serán la cuna del libre comercio y de un florecimiento cultural como la humanidad no había visto nunca: el Renacimiento italiano.

Hablando de este período, el personaje de Orson Welles en *El tercer hombre* se despacha con la siguiente reflexión:

«En Italia, en treinta años de dominación de los Borgia, hubo guerras, terror, asesinatos... Pero también Miguel Ángel, Leonardo y el Renacimiento. En Suiza, por el contrario, tuvieron quinientos años de amor, democracia y paz. ¿Y cuál fue el resultado? ¡El reloj de cuco!»

Antes de los Borgia y de Miguel Ángel fue Francisco, pero las ciudades que verían nacer una época tan esplendorosa ya guerreaban entre ellas

«La aparición de Francisco marcó el momento de la reconciliación del hombre no ya con Dios, sino también con la naturaleza y, lo más difícil de todo, consigo mismo».

G. K. Chesterton, escritor inglés, en su obra
San Francisco de Asís.

como lo seguirían haciendo siglos después. Hijo de su tiempo, sus ojos se iluminaban cada vez que surgía un conflicto militar en el que pudiese alistarse. Cayó una vez prisionero, suceso que no amansó su deseo de épica. Fue en el segundo alistamiento cuando sucedió el hecho que marcaría su vida para siempre.

Francisco había tenido un sueño que interpretó como una promesa de gloria en la siguiente batalla: en él aparecía un ejército de soldados en cuyo manto se dibujaba una gran cruz. Al despertar, se vistió a toda prisa y subió al caballo rumbo a la batalla.

Poco después de salir de la ciudad se sintió enfermo, hasta el punto de caerse medio desmayado del caballo. A duras penas consiguió volver a la ciudad, profundamente abatido por no poder cumplir sus sueños de gloria por segunda vez. Lo que sucedió después dejaremos que lo explique mejor Chesterton:

«(...) Cabalgaba con desgana junto al camino, cuando vio acercarse a una persona; al darse cuenta de que era un leproso, se detuvo; supo al instante que se estaba poniendo a prueba su valor, no de la manera en que lo habría puesto el mundo, sino como lo haría quien conociera los secretos del corazón. Lo que avanzaba hacia él no era el estandarte o las lanzas de Perusa, ante los que jamás se le habría ocurrido retroceder. Lo que Francisco Bernardone veía avanzar por aquel camino era su propio

miedo, no ese miedo que viene de fuera, sino el que surge de dentro y que, a la luz del sol, tenía un aspecto pálido y horroroso. Por una sola vez en su vida, aquel incesante torbellino debió de frenarse unos segundos; luego, saltó del caballo y, pasando directamente de la quietud a la velocidad del rayo, alcanzó al leproso en dos zancadas y le estrechó entre sus brazos. Fue el principio de una larga vocación de entrega al cuidado de los leprosos, a quienes socorrió en numerosas ocasiones».

G.K. Chesterton, *San Francisco de Asís*

Este suceso marcaría para siempre la vida de Francisco, desencadenando su «abandono del mundo» y su obra de regeneración de la Iglesia Católica. Era importante detenerse en estas dos anécdotas porque trazan las dos grandes diferencias con otro famoso reformador como Girolamo Savonarola, que tomó la Florencia del Renacimiento con un mensaje de odio contra la clase dirigente y con una propuesta basada en la destrucción de todo lo construido hasta entonces. Nada generado por aquellos que veía como enemigos, la clase más pudiente, podía ser bueno.

Francisco, sin embargo, operaba con la creencia de que no había diferencia entre un mendigo y un acaudalado cliente. Para Savonarola sí, porque partía de una relación dialéctica y de enfrentamiento entre ambos.

La segunda anécdota, por otra parte, nos da el principal pilar de su reforma: el enfoque positivo de su propuesta. Y por positivo entendemos que se basaba en construir, en mostrar un atractivo, en lugar de abominar de los males presentes en la sociedad. Lo positivo para nosotros tiene mucha más consistencia que lo negativo y por tanto mucha más sostenibilidad.

Francisco comenzó su camino venciendo la repugnancia y el miedo que sentía hacia los leprosos; abrazando a ese enfermo abrazaba a todos los humanos. Su camino, en resumen, partiría de un abrazo, y no de un rechazo, una acusación o un odio, como por desgracia le sucedió a Savonarola y a tantos otros reformadores sociales que le sucedieron. Aunque ambos acabasen apostando por una vida parecida en cuanto a las formas (pobreza, predicación, penitencia), los puntos de partida eran radicalmente distintos.

El santo de Asís no abjuró de la riqueza que por familia podría haber tenido: renunció a ella para apostar por una vida más noble y brillante según sus creencias.

Francisco, es importante recordarlo, no comenzó su vida eremita justo después de abrazar al leproso: pasó un tiempo en Asís todavía, aunque sus

amigos ya comenzaban a verle cambiado. No tardó en percibir una nueva visión; el crucifijo de una capilla que le decía: «Mi Iglesia está en ruinas; reconstrúyela». Hombre de acción, Francisco comenzó al día siguiente a reparar, con sus propias manos, la iglesia de San Damián en las afueras de Asís.

De nuevo, un suceso que nos puede resultar chocante. Quizá porque nosotros habríamos empezado trazando un plan; o, como hizo Savonarola, habríamos intentado ganar adeptos con una predicación encendida contra los culpables de la situación.



Pero Francisco tenía otra forma de encarar las cosas. Visto con perspectiva, lo que hizo fue profundizar en la intuición que recibió, confiando en que el camino a seguir se le iría mostrando y en que él sería sensible al mismo. Y el camino incluiría desde el principio la oposición de sus más allegados: su padre le acusó de robarle y vender su mercancía para financiar la reconstrucción de la iglesia de San Damián. Francisco se declaró al margen de la autoridad civil y se acogió al tribunal eclesial, presidido por el obispo.

Es una de las historias más conocidas de Francisco: cómo ante el obispo confesó haber cometido el delito del que su padre le acusaba, para acto seguido devolver a este todo el dinero que había obtenido para la iglesia. Y cómo después de eso Francisco se desprendió de toda su ropa, la puso a los pies de su padre y comenzó, oficialmente, una vida en la que el desprendimiento de los bienes materiales fue un eje de su conducta. El mismo obispo que le había dado justamente la razón a su padre, cubrió el cuerpo de Francisco con su manto.

Quizá en este detalle podemos entender mejor algunas diferencias con Savonarola. El obispo, podríamos pensar, representa todo aquello que

Francisco se siente llamado a reformar: la corrupción del poder y la opulencia en la que habían caído tantos prelados hasta dejar en ruinas el edificio espiritual de la Iglesia. Pero también representa todo aquello que ama Francisco: su Dios, sus hermanos en la fe, el evangelio por el que quiere guiar su vida. Es su amor por todo esto lo que le mueve a seguir la llamada a reformarla, a cambiar lo que no va. El abrazo del obispo es el abrazo de una Iglesia que se reconoce necesitada de alguien como Francisco, aunque aún no consiga entenderle del todo.

Su historia después de este suceso es bien conocida: vivirá el resto de su vida vestido con harapos, en auténtica pobreza. Hasta que comprende el propósito de su vida en toda su extensión, se dedica a reconstruir iglesias en ruinas.

Visto con perspectiva, y con mentalidad actual, cuesta entender por qué atrajo a tanta gente que quería vivir como él. Sin campaña de promoción, sin ni siquiera un ápice de proselitismo por su parte. Quienes se fueron uniendo a él lo hacían por el atractivo de su vida, por el brillo en sus ojos, por su forma de hablar, por su ejemplaridad.

Y se entiende mejor por qué sus primeros seguidores provenían en buena parte de la burguesía más pudiente de la ciudad. Entre ellos destaca Bernardo de Quintavalle, uno de los dos primeros compañeros de Francisco; adinerado comerciante, Bernardo tuvo ocasión de hablar un par de veces con Francisco. Pocos días después vendía todas sus posesiones, las daba a los pobres y se iba a vivir con él. Sería el primero de una larga lista de terratenientes, generales, doctores y comerciantes que abandonarían fama y fortuna para seguir la llamada a la pobreza, a la vida evangélica que encarnaba Francisco.

Eran el tipo de personas a las que Savonarola perseguiría más adelante. Los enemigos de la vida austera y desprovista de riquezas que predicaba. Y decidieron libremente abrazar esa vida por el atractivo de un hombre. Ningún discurso, ninguna campaña, les convenció. Sólo el testimonio de la vida de Francisco. Por eso entendemos que cuando este viajó a Roma para entrevistarse con el papa y pedirle la aprobación a la orden de frailes mendicantes, el sumo pontífice acabó desestimando todos los recelos (prudentes y justificados, hay que decirlo todo) y dio su bendición a la nueva orden.

Los efectos de la reforma que generó en la Iglesia resuenan hasta hoy: el papa actual, viendo la Iglesia necesitada de una profunda renovación,

escogió para sí el nombre de Francisco. Pero la relevancia de su figura traspasa los muros de las iglesias cristianas: el atractivo de una vida como la suya no puede obviarse, y son muchas las figuras históricas que de algún modo se han visto inspiradas por él.

La magnitud de su obra se manifiesta en su atemporalidad, en el hecho de que pocos pueden permanecer indiferentes. La figura pacífica de Francisco, que abrazó a todos, se erige como respuesta silenciosa al sinsentido, al monstruo del fanatismo religioso, a los adoradores del apocalipsis. Y es que fue un reformador con un corazón capaz de abrazar incluso el corazón de los sectarios.



Reflexiones:

- Uno de los grandes anhelos que mueven a las personas es el deseo de superación. Las personas podemos cambiar y desarrollar muchos talentos que hasta ese momento estaban tan sólo incoados. El procedimiento habitual de superarse es a través del desarrollo de nuevas virtudes y capacidades. Hay personas, el caso de Francisco de Asís es una prueba, en quienes ese cambio puede ser súbito y ocasionado por una experiencia intensa y transformadora.
- La calidad humana se mide, en gran parte, por el desarrollo de la capacidad de querer de forma desinteresada.
- Cuando se es capaz de idear una forma de vivir más inteligente y más noble no se deja indiferente a nadie. El ejemplo y la autenticidad tienen una fuerza casi irresistible en quienes son testigos de las mismas.
- Las reformas hechas desde el resentimiento y desde el antagonismo generan tempestades.
- El andar por la vida ligero de equipaje tiene un efecto purificador de las verdaderas intenciones por las que se trabaja.



5

Isabel, la gobernante de todos



Isabel I de Castilla (1451-1504), monarca del Reino de Castilla desde 1474 y esposa del rey Fernando de Aragón. Juntos conquistaron el último reino moro, Granada, en 1492. Bajo su mandato y protección, Cristóbal Colón pudo financiar su viaje a las Indias, que conduciría al descubrimiento de América. Gobernó España con mano firme en momentos decisivos de su historia y jugó a la perfección sus cartas políticas para situar a España como gran potencia europea en el siglo XVI.

La turba vitoreaba, exultante, al paso de la comitiva. Flores de azahar, amapolas silvestres, impregnaban de un aroma delicado a las cansadas tropas que acompañaban a los reyes camino de las puertas de Granada. Una larga campaña, de la reconquista más larga de la historia, tocaba a su fin.

Isabel miraba a cada uno, rezando aún de alivio. Llevaba rezando desde el instante mismo en el que escuchó los cañonazos que confirmaban el éxito de las negociaciones. Granada era al fin cristiana.

Ya habían cruzado las puertas. El pueblo seguía vitoreando, con la alegría y el alivio que sólo un pueblo que vive el final de una guerra puede expresar. ¿Cuántos de ellos habrían perdido hermanos, padres, amigos, en la larga campaña? ¿Con qué esperanza mirarían ahora al libertador, deseos de que con la paz volviesen sus prisioneros; y con ellos su esplendor de antaño, sus caravanas de comercio, su actividad?

Una ciudad abierta por naturaleza al mundo, cerrada durante demasiado tiempo por el conflicto. Pero desde hoy los negocios volverían a abrir; las gentes sencillas retomarían sus trabajos. El alfarero reconstruiría los muros desechos, el sastre volvería a tejer sus vestidos y el comerciante volvería a arriesgarse a enviar sus caravanas a sus nuevos compatriotas.

España era ahora un reino unido como no lo era desde el siglo VIII, y el deseo de Isabel y Fernando era que floreciese como pueblo y como jugador capital en el tablero de los reinos de la Cristiandad. Pero por la vía diplomática.

No sabía aún si la abandonaría alguna vez la impresión, la angustia, el dolor intenso de sus días, semanas, meses, en el hospital de campaña. Había frenado en seco la pretensión de Fernando: Isabel, como reina de Castilla, no abandonaría la retaguardia de su ejército. Apoyaría e insuflaría ánimos en sus soldados heridos durante todas las largas jornadas de la guerra contra Granada. Era la reina, y ellos eran sus valientes defensores: no podía abandonarlos.

Ningún monarca debería empezar una guerra sin imaginar la paz. Por eso había exigido el máximo respeto a los derrotados. No se humillaría a

«Complace más la gloria cuando se ha sufrido tanto para alcanzarla».

Isabel de Castilla, tras la toma de Granada en 1492.

Boabdil y se respetaría la integridad del pueblo de Granada. Las formas importan. El respeto al adversario es señal de grandeza.

Ya habían llegado al patio de la Alhambra y todos sus pensamientos se desvanecieron al instante. Su mente sólo podía aprehender lo que entraba por sus ojos, por sus oídos... ¿podía existir algo tan bello? ¿Qué deseo de gloria, qué aspiración humana podía generar semejante creatividad? Ninguna.

Veía a su alrededor, en el patio de los Leones, la magna obra de obreros anónimos, movidos, bien lo sabía, por un deseo de plasmar la belleza y de que esta perdurase. He aquí, pensó en ese instante Isabel, el punto desde el que podemos construir. Nos mueve lo mismo, el mismo deseo de belleza se aloja en la gran mayoría de corazones de sus súbditos. La belleza de un templo, la belleza de un palacio; la belleza de una empresa tan ambiciosa como la de su amigo Cristóbal Colón; la belleza de un reino unido en el que todos trabajen en pos del bien común. La belleza de una Cristiandad que busca construir la paz en el Viejo Continente.

¿Sería la obra que dejaría a la posteridad su alma femenina? ¿O pasaría a la historia como un momento fugaz, sepultado a lo mejor pocos años después de su muerte por la ambición de quienes viniesen después? No lo sabía. Sólo sabía que tenía ante sí la inspiración de ese legado, y el sentido de responsabilidad por el papel en la historia que le había tocado en gracia vivir. Y siguió caminando, con paso firme y corazón grande, camino del trono.



Reflexiones:

- El respeto a quien es distinto a uno te habilita a aprender y a apreciar sus logros.

- Las ideologías y los intereses dividen, los valores unen.

- La belleza, la bondad y la verdad tienen fronteras que se solapan. Son los otros nombres de Dios.

- La inspiración activa energías espirituales y un sentido de propósito que permiten trascender los intereses personales y sinergizarlos con los de otros.

- El sentimiento cotidiano de gratitud disipa los miedos.

